

... Y MURIERON MUY FELICES !

Por: Ernesto Díaz.

Untada de crema rosada hasta las orejas, Blanca Nieves no paraba de mecerse en la mecedora del más viejo de los enanos, mientras éste la miraba resignado, tratando de acomodarse en los peldaños de la escalera para hacer la digestión.

-No ha parado de comer desde la tarde en que llegó con su cara de mosquita muerta... "¿Señores enanos me puedo quedar a dormir esta noche? es que mi madrastra es muy envidiosa y además últimamente le ha dado por convertirse en bruja"... y nosotros como unos buenos tontos.... "claro que sí, niña, puedes quedarte todo el tiempo que quieras que nosotros te cuidaremos y te daremos de comer"... y de eso hace cuatro largos meses. ¡Pero bien merecido lo tenemos por despistados!- pensaba el más viejo de los enanos mientras Blanca Nieves acababa con los últimos trocitos del queso y masticaba una de las patas del pollo que se había hecho preparar para el almuerzo.

Lo más terrible era que apenas Blanca Nieves terminaba de almorzar, -- los enanos tenían que dejar de hacer lo que fuera para ir rápidamente a la cocina y prepararle la cena (si había algo que Blanca Nieves no pudiera resistir eran las ganas de comer algo inmediatamente después del almuerzo). -- Tres ollas de sopa, una tortilla con quince huevos, un pastel, dos talegos de pan, una libra de queso y un pollo en salsa roja. Y ay de que los enanos se demoraran en preparar todos sus manjares para que Blanca Nieves se pusiera inaguantable. Una vez llegó a tal punto que se comió unos calcetines que el enano más viejo había dejado secando en la ventana, porque según ella, es taba muerta del hambre.

Después de servirle, los enanos volvían a lo que cada uno estaba haciendo: planchar sábanas, martillar una silla, regar las flores, arreglar el radio de pilas, y el más viejo volvía a la inútil tarea de acomodarse en la escalera para hacer la digestión.

Era algo de todos los días. Algo a lo que poco a poco se habían ido acostumbrando, como se habían acostumbrado a encontrar frascos de crema rosada en todas partes, a los vestidos tirados, al ruido de la mecedora.

Y bastaba con una pequeña insinuación de que era tiempo de que buscara otro lugar a donde ir, para que empezaran los "nadie me quiere en el mundo, ustedes son lo único que me queda" todo esto acompañado de pataleos, mocos y una gran cantidad de lágrimas, llegando en ocasiones a formar verdaderas inundaciones seguidas de las más severas protestas por parte de los vecinos. Como comprenderán, los enanos prefirieron no volver a mencionar el asunto.

Poco a poco Blanca Nieves y su mecedora se volvieron como esa carpeta que un día trajo la tía Bernarda para la mesa de la sala... (itan horrible la carpeta!) pero que ya es como tan de la casa que nadie se atreve a quitarla de donde está. Primero porque haría mucha falta, y segundo, porque la tía Bernarda llorando debe ser tan espectacular como Blanca Nieves.

Un día los enanos salieron al trabajo bien tempranito (eran todos notarios y no mineros como han sugerido algunos historiadores) no sin que antes Blanca Nieves les hubiera dado una lista de cosas para comprar: dulces, ganchos para el pelo, leche de pepino para las arrugas, un pintalabios, esmalte de uñas y todos los frascos de crema rosada que encontrarán.

Blanca Nieves se quedó sola, comiendo como siempre y viendo televisión.

Al cabo de un rato alguien tocó a la puerta. Era una viejita con cara de bruja, mirada de bruja, sombrero de bruja, zapatos de bruja y una canasta de manzanas.

-Busco a la niña más hermosa de este bosque- dijo la bruja con cara de viejita.

-Entonces debo ser yo- contestó rápidamente Blanca Nieves. Se miró en el espejo y preguntó: ¿Espejito, espejito; quién es la niña más bella de este bosquecito?-.

El pobre espejo que todavía no lograba acostumbrarse a estos embarazosos momentos balbuceó sin saber qué decir, luego tosió, silbó, miró para todos lados y finalmente se echó a reír de una manera francamente exagerada. Hubiera querido pedirle excusas a la pobre Blanca Nieves. Pero ésta lo lanzó por la ventana con tanta fuerza que debió caer en el bosque de otro cuento porque - en este bosque nadie lo volvió a ver.

-¿Cómo te llamas?- preguntó la viejita con zapatos de bruja.

-Blanca Nieves-

-¡Qué lindo nombre! Parece sacado de un cuento- volvió a decir la bruja con zapatos de viejita. Entonces sacó una manzana del canasto, le echó -- unas gotitas de veneno y se la dio a Blanca Nieves quien se la comió rápidamente. Se sentó a esperar el tiempo necesario para que se muriera envenenada, pero no se murió. Ni envenenada ni de ninguna otra forma. Es más; ni siquiera le dolió el estómago.

20 La bruja con paraguas de viejita no entendía. Sacó otra manzana, le -- echó mucho más veneno que a la anterior y Blanca Nieves se la comió. Pero es ta vez tampoco pasó nada. La viejita con paraguas de bruja se puso muy nerviosa y tuvo que pensar durante un buen rato su próxima maldad. Finalmente, echó todo el veneno sobre las manzanas que le quedaban y se las dio a Blanca Nieves, quien no sólo se las comió todas, sino que además se tragó el canasto. Después se quedó mirando fijamente a la bruja con sombrero de viejita -- mientras se saboreaba y cuando la viejita con sombrero de bruja quiso correr...

Blanca Nieves se la echó a la boca y se la comió. Después se acostó a dormir mientras pensaba que los zapatos de la viejita con cara de bruja estaban un poco duros.

No se sorprendieron los enanos cuando la encontraron durmiendo. Porque si había algo que a Blanca Nieves le gustara más que comer o que untarse crema rosada, era dormir. Sin embargo, les extrañó que no se hubiera despertado con el olor de la comida y que hubiera seguido durmiendo profundamente durante varios días.

Blanca Nieves dormía sencillamente, porque todavía no se había repuesto de la comilona de manzanas y viejita. Pero como ellos no tenían la menor idea de lo que había pasado, empezaron a hacer toda clase de suposiciones -- hasta que se pusieron de acuerdo en que, con todo lo raro, éste seguía siendo el cuento de "Blanca Nieves y los Siete Enanitos" y que en ese cuento a -- Blanca Nieves la envenenaban con manzanas. Así que lo que ellos debían hacer inmediatamente era ir a buscar a un príncipe azul para que la salvara.

¡El más viejo de los enanos se puso histérico!

-Es lo único que faltaba! Tener que salir como siete idiotas a preguntar en la calle por un príncipe azul. Van a pensar que estamos locos. ¡La -- gente se va a reír de nosotros cuando oigan semejante ocurrencia!-

Sin embargo, los otros lo convencieron de que no había ningún problema; que en estos tiempos bastaba con abrir la guía telefónica en la P de Príncipes y asunto arreglado.

Se demoraron mucho en dar con el paradero del último príncipe azul que todavía quedaba. Los otros, o estaban demasiado viejos o se habían dedicado - a otras cosas: vender paraguas y sombrillas, pasar discursos a máquina, o poner un almacén de pollos crudos. Pero el gran problema fue que este único --- príncipe no podía hacer nada por Blanca Nieves, porque estaba casado con la Cenicienta, una señora de otro cuento que no lo dejaba salir de la casa y le hablaba todo el tiempo del mercado, de las cuentas de la luz y de que en "iese televisor ya no se ve bien mi cantante favorito así que hay que ir pensando en comprar otro!"...

Después de mucho pensar, lo único que se le ocurrió al príncipe fue dar les la dirección de un viejo amigo de la escuela, que no era príncipe profesional, pero siempre fue el mejor en las comedias que preparaban para el día de la madre. El, con seguridad les haría el favor de ir a salvar a Blanca Nieves.

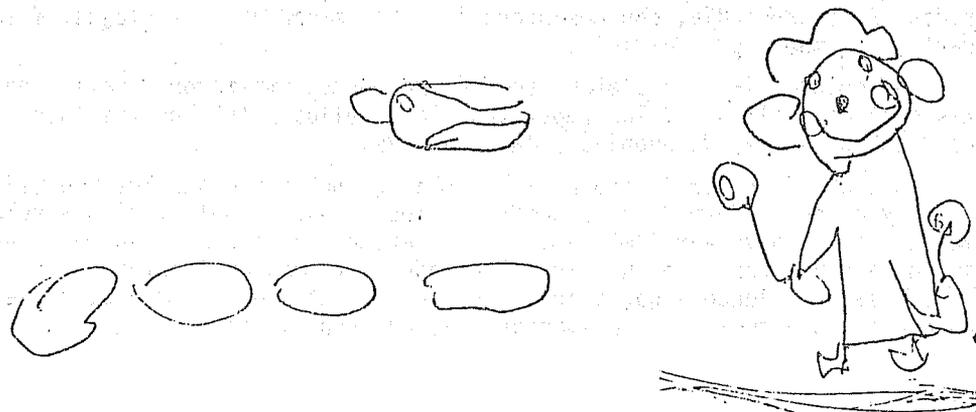
Les entregó el disfraz de príncipe para que se lo llevaran: una capa, - que Cenicienta insistía en usar de delantal; una espada encantada, que ahora servía para cortar los filetes de carne y un caballo verde que estaba en el - garaje, tan viejo, que no podía caminar. Los enanos tuvieron que llevarlo -- cargado hasta la calle, llamar un taxi y luego meterlo a la fuerza en la silla de atrás mientras ellos luchaban por acomodarse los siete, junto al chofer.

El amigo del príncipe resultó ser un viejito más viejo que el caballo. Era sastre y le encantaba jugar dominó. Después de contarle todo el cuento a gritos -porque además era medio sordo- emprendieron el viaje. A cada rato tenían que parar. Unas veces para que descansara el viejito y otras para que lo hiciera el caballo. Finalmente, lograron llegar a la casa, en donde Blanca Nieves seguía durmiendo.

El viejito disfrazado de príncipe se acercó a Blanca Nieves, la miró -- con la mirada de los príncipes que él representaba en las comedias del día de la madre, sacó la espada, le rajó la barriga y rescató sana y salva a la viejita con cara de bruja, pues en el afán, Blanca Nieves no la había masticado.

Desde ese día el viejito disfrazado de príncipe, la bruja con cara de - viejita y el más viejo de los enanos se sentaron a jugar apasionantes partidas de dominó hasta que se volvieron todavía más viejos y se murieron los --- tres.

Y los demás enanos discutían acaloradamente en un rincón de la casa, --- pues no estaban muy seguros de que el final de este cuento fuera así.



R O S A C A R A M E L O

Por: Adela Turin y Nella Bosnia.

Había una vez en el país de los elefantes... Una manada en que las elefantas eran suaves como el terciopelo, tenían los ojos grandes y brillantes, y la piel de color rosa caramelo.

Todo esto se debía a que, desde el mismo día de su nacimiento, las elefantas sólo comían anémonas y peonias. Y no era que les gustaran estas flores: las anémonas -y todavía peor las peonias- tienen un sabor malísimo. Pero, -- eso sí, dan una piel suave y rosada y unos ojos grandes y brillantes.

Las anémonas y las peonias crecían en un jardincillo vallado. Las elefantitas vivían allí y se pasaban el día jugando entre ellas y comiendo flores." Pequeñas", decían sus papás, "tenéis que comeros todas las peonias y no dejar ni una sola anémona, o no os haréis tan suaves y tan rosas como --- vuestras mamás, ni tendréis los ojos tan grandes y brillantes, y, cuando --- seáis mayores, ningún guapo elefante querrá casarse con vosotras".

Para volverse más rosas, las elefantitas llevaban zapatitos color de rosa, cuellos color de rosa y grandes lazos color de rosa en la punta del -- rabo. Desde su jardincito vallado, las elefantitas veían a sus hermanos y a sus primos, todos de un hermoso gris elefante, que jugaban por la sabana, comían hierba verde, se duchaban en el río, se revolcaban en el lodo y hacían la siesta debajo de los árboles.

22 Sólo Margarita, entre todas las pequeñas elefantas, no se volvía ni un poquito rosa, por más anémonas y peonias que comiera. Esto ponía muy triste a mamá elefanta y hacía enfadar a papá elefante. "Veamos, Margarita", le decían, "¿por qué sigues con ese horrible color gris, que sienta tan mal a una elefantita? ¿Es que no te esfuerzas? ¿Es que eres una niña rebelde? ¡Mucho - cuidado, Margarita, porque si sigues así no llegarás a ser nunca una hermosa elefanta!". Y Margarita, cada vez más gris, mordisqueaba unas cuantas anémonas y unas pocas peonias para que sus papás estuvieran contentos.

Pero pasó el tiempo y Margarita no se volvió de color de rosa. Su --- papá y su mamá perdieron poco a poco la esperanza de verla convertida en una elefanta guapa y suave, de ojos grandes y brillantes. Y decidieron dejarla - en paz.

Y un buen día, Margarita, feliz, salió del jardincito vallado. Se quitó los zapatitos el cuello y el lazo color de rosa. Y se fue a jugar sobre - la hierba alta, entre los árboles de frutos exquisitos y en los charcos de - barro.

Las otras elefantitas la miraban desde su jardín. El primer día, at-- rradas. El segundo día, con desaprobación. El tercer día, perplejas. Y el -- cuarto día, muertas de envidia.

Al quinto día, las elefantitas más valientes empezaron a salir una --- tras otra del vallado. Y los zapatitos, los cuellos y los bonitos lazos ro-- sas quedaron entre las peonias y las anémonas.

Después de haber jugado en la hierba, de haber probado los riquísimos frutos y de haber dormido a la sombra de los grandes árboles, ni una sola -- elefantita quiso volver jamás a llevar zapatitos, ni a comer peonias o anémo-- nas, ni a vivir dentro de un jardín vallado. Y desde aquel entonces, es muy difícil saber, viendo jugar a los pequeños elefantes de la manada, cuáles -- son elefantes y cuáles son elefantas. ¡Se parecen tanto! .

